COLECCIÓN ENTRE PIEDRAS, 13

ATENAS

© Fotografía de portada: Francis Bedford, 1862
© Del texto, Mario Agudo Villanueva
© Del prólogo, Carlos García Gual
© Fotografías de Fred Boissonnas, Bibliothèque de Genève

© Confluencias, 2018
www.editorialconfluencias.com

Maquetación y portada: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Revisión y coordinación editorial: María del Mar Domínguez Alvarez
Corrección ortotipográfica: José Miguel Parra

Impreso en Estugraf Impresores, Madrid, España

ISBN: 978-84-948202-5-0
Depósito Legal: AL 1068-2018

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

MARIO AGUDO VILLANUEVA

ATENAS

EL LEJANO ECO DE LAS PIEDRAS

Prólogo de

CARLOS GARCÍA GUAL

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Prólogo: Sobre *Atenas* 11

Introducción 15

PARTE I

LA ACRÓPOLIS: ROCA SAGRADA

1. Entre cuevas y santuarios 25
2. Las raíces del templo griego 35
3. El rey serpiente 39
4. De gigantes, centauros y amazonas 51
5. El velo de la diosa 61
6. La mirada eterna 71
7. Dioniso a escena 81
8. Los albores de la ciudad 95

PARTE II

EL ÁGORA: UN ESPACIO PARA LA VIDA PÚBLICA

9. La mancha del sacrilegio 103
10. Cuando gobernaban los sabios 117
11. Tiranos constructores 129
12. El gobierno de casi todos 143
13. La democracia en la práctica 153

PARTE III

MÁS ALLÁ DE LA ACRÓPOLIS Y EL ÁGORA

14. Atenas se hace a la mar 167
15. Un viaje al Más Allá 183
16. De murallas y suburbios 195
17. El secreto de la tierra 203
18. Los gamberros traen malos presagios 215
19. El rostro de la peste 223
20. El juicio de la cicuta 229
21. Tierra de filósofos 243

PARTE IV

DE ALEJANDRO A ROMA

22. Llega la monarquía 255
23. El tesoro de Alejandro Magno 269
24. Regalos de Oriente 283
25. Roma *ad portas* 293
26. La furia de Sila 299
27. Nuevos espacios para nuevos tiempos 309

PARTE V

EL OCASO DE LA ANTIGÜEDAD

28. El hombre de Tarso 325
29. El canto del cisne 333
30. La horda que vino del norte 345
31. La fuga del saber: de Atenas a Bagdad 353

Epílogo: Atenas después de la Antigüedad 361

Índice de lugares 383

Bibliografía 389

François Frédéric «Fred» Boissonnas (1858-1946) 401

Para Montse, compañera de viaje en Atenas y en la vida;
Para Alejandro y Sofía, nuestros nuevos compañeros.

Prólogo

Sobre *Atenas*

El mundo antiguo griego, que conocemos por su literatura, su historia y por los restos rescatados por la arqueología, conserva tantos siglos después su perdurable y fascinante atractivo. De manera sorprendente no nos es extraño, sino a la vez lejano y familiar. No nos es difícil ser conscientes de cuánto debemos a los antiguos griegos, en tantos y tantos aspectos. En el mundo helénico es fácil reconocer las raíces de muchas ideas y creencias que todavía iluminan nuestro patrimonio cultural europeo, incluso nuestro modo de sentir, y pensar el mundo, ya sea en el campo de la política (el amor a la libertad, democracia), en las artes (desde las formas clásicas de escultura y la arquitectura al arte dramático en sus varias formas), en el pensamiento (la filosofía, la historia, la matemática y otras ciencias) y en la larga herencia literaria (todos los géneros literarios clásicos), sin olvidar la mitología y, por otro lado, el cultivo del cuerpo, en la gimnasia y la competición deportiva (como en los Juegos Olímpicos).

No sé si aún muchos compartirán el sentir del poeta romántico inglés que dijo: «Todos nosotros somos griegos». Pero creo que, de manera consciente o inconsciente, es fácil percibir, cuando uno reflexiona,

cuánto debemos a esos griegos inventores del diálogo, difusores del alfabeto, colonizadores del Mediterráneo, amantes del progreso crítico y de la libertad y la autonomía, tanto de la ciudades como de los individuos. La inquietud intelectual caracteriza, desde sus comienzos, a los griegos frente a otros pueblos y culturas de la Antigüedad. En pocos siglos —desde la época arcaica al helenismo de después de Alejandro— avanzaron en el impulso creativo y la evolución intelectual, espiritual, y política, en el marco civilizador de las ciudades griegas. La época arcaica se caracterizó ya por la aparición de factores decisivos para el progreso: la introducción y difusión del alfabeto y de la moneda, la colonización del Mediterráneo, la escritura de las leyes y la aparición de los ejércitos de los hoplitas. Todos esos fenómenos están ligados a la expansión y afirmación de las *poleis*, esas ciudades orgullosas de su autonomía y su autarcía (independencia y autosuficiencia); ciudades cuya historia de enfrentamientos y ambiciones y conflictos sociales aportan las notas características de toda esta etapa de la historia griega, tan agitada y creativa, con sus dramáticos contrastes, con sus momentos de esplendor y decadencia.

La época clásica —siglos v y iv— marca la plenitud del genio civilizador griego, y la polis que con su esplendor en muchos aspectos se convierte en centro del helenismo, la capital cultural del mundo heleno, es, sin duda, Atenas. En la Atenas del siglo v a. C. culminan casi todas las tendencias progresistas del helenismo. En esa ciudad del Ática, espléndida y de muy larga historia, poblada desde época premicénica, la ciudad de la diosa Atenea, con sus gentes audaces y orgullosas de su autoctonía, con su pretensión, bien expresada por Pericles, de ser «la escuela de Grecia». Con su actitud imperial al frente de una gran confederación de ciudades del Egeo, tras demostrar su arrojo y salir vencedora de los ataques del imperio persa, la democracia de Atenas alcanza su *acmé*, su máxima grandeza. Mas luego le llega, como en tantas empresas humanas, la decadencia trágica, en el cuarto final del siglo, derrotada en la guerra del Peloponeso. El siglo v, que empieza para la Atenas democrática con las gloriosas victorias sobre los persas y la llamada Ilustración sofística, concluye con esa triste derrota frente

a su enemiga Esparta. Y, luego, tras esa trágica peripecia, con un caso de larga resonancia: la muerte del inquietante Sócrates, condenado por un tribunal popular.

El largo recorrido histórico de la ciudad más luminosa de Grecia está de nuevo excelentemente evocado en este relato de Mario Agudo, que acierta a combinar conocimientos muy precisos, muy bien actualizados, de manera muy atractiva y vivaz.

Cuando uno visita ahora la ciudad de Atenas, muy extendida, con sus dos o tres millones de habitantes, tal vez se sienta un tanto desilusionado al primer vistazo, ante el ruidoso tráfico de una urbe moderna, no muy vistosa y poco espectacular en sí . Pero en cuanto avista el Partenón sobre la Acrópolis, con unas pocas blancas columnas erguidas y sus frontones dañados, dominando con sus ruinosos mármoles la ciudad, símbolo de su historia magnífica y de su trágico ocaso, cuando sube y baja por los Propileos, y llega ante el elegante templo de Erecteo y, con el Partenón a su espalda, lanza una mirada panorámica desde lo alto sobre la ciudad blanca y el mar azul en el horizonte, se siente recompensado evocando el antiguo esplendor. Bajando luego tal vez vaya a pasear por lo que fue el ágora antigua, con sus ruinas entre olivos, y acaso visite el clásico templo de Hefesto, mientras imagina el antiguo bullicio de esos lugares. Bajo la Acrópolis, morada de los templos, y al otro lado del Ágora, se encuentra, al pie de la colina rocosa, lo que queda del teatro de Dioniso, con su escena y graderío ahora silencioso. La plaza y el teatro quedan al pie de la colina sagrada de los templos, lugares de la palabra y los encuentros, de modo que sobre el plano urbano parecen trazar significativa y simbólicamente todo un programa político.

El visitante encuentra luego, casi enfrente de la sagrada colina, el actual Museo de la Acrópolis, una instalación de hace pocos años, en cuyas salas quedan expuestos muchos restos de la estatuaria clásica, de indudable belleza y muy sugestivos (aunque esos restos sean en muchos casos unos breves fragmentos). Tal vez aún podríamos, con una cierta dosis de fantasía y sensibilidad histórica, percibir en ese ámbito algunos latidos del corazón antiguo de la polis, olvidando el ruidoso tráfago de la ciudad actual.

Eso es lo que queda de aquella gloriosa Atenas, tantos siglos después, ruinas. Pero todavía esos restos pueden suscitar en el visitante que hoy recorre esos lugares una intensa emoción si uno recuerda la fascinante historia de la ciudad, que nunca fue una megalópolis como Alejandría o Roma, y como luego otras capitales europeas, pero fue la ciudad que con su intensa actividad política, artística e intelectual diseñó los caminos por donde avanzaría la cultura europea.

Atenas supo atraer en su mejor etapa democrática a los grandes maestros de la Historia y la Filosofía. Aquí vino Heródoto, nacido en la ciudad jónica de Halicarnaso, a dar la primera lectura de su «Historia» (y atenienses fueron Tucídides y Jenofonte). Aquí llegaron, de diversas ciudades, los grandes sofistas, y aquí vivió y murió Sócrates cuya huella intelectual la marcaría como la capital de la tradición filosófica, a través de sus discípulos: Platón, Antístenes y Jenofonte. Aquí se instalaron las famosas escuelas del pensamiento: la Academia, el Liceo, el Jardín y el Pórtico, de notable prestigio durante siglos. E incluso cuando Alejandría, convertida en su heredera cultural, reunía libros y sabios en su Museo y su Biblioteca, Atenas se mantuvo como la ciudad de la filosofía.

En fin, toda esa larga, espléndida y un tanto trágica historia de Atenas, desde sus orígenes a su ocaso, está en este libro, escrito con documentación actualizada y gran precisión, que combina su reflexión crítica con un estilo narrativo ágil y personal.

Carlos García Gual

Introducción

La primera vez que visité el Museo Arqueológico Nacional de Madrid no tendría más de ocho años. La honda impresión que causaron en mí muchas de aquellas antiguas piezas me dejó marcado para siempre. La gélida mirada de la Dama de Elche, el esplendor del tesoro de Guarrazar, el colorido de los monumentales mosaicos romanos, la humildad de los objetos de uso cotidiano, la elegancia del Cristo de Fernando I, el hechizo de las estatuillas ibicencas... Aquel conjunto inagotable de sensaciones abrió mis ojos a un universo repleto de nuevos estímulos: la aventura del pasado. En la modesta tienda de libros ubicada en la salida, mis padres me compraron unos cuadernillos, que todavía conservo, en los que cada una de las piezas más destacadas se situaban en su contexto histórico y artístico. Con ellos aprendí a interpretar aquellos objetos en una clave que iba más allá de la estética. Eran pedazos de nuestro pasado que comparecían como testigos de nuestra historia. Pronto comencé a indagar sobre su origen, en la mayoría de los casos muy remoto, pero al mismo tiempo extrañamente próximo; pues con su presencia nos venían a explicar quiénes somos y de dónde venimos. Mis visitas se multiplicaron desde entonces. Para un niño que, por

desgracia, no podía viajar porque el dinero no daba para mucho, los museos y los libros se convertían en una vía de escape, en una forma de conocer otras épocas y otros mundos. De manera instintiva aprendí a documentarme para buscar más información, para ir construyendo un relato que diera explicación a todo lo que veía. Tengo que confesar que muchas veces sentí las ganas de interrogarles para saciar mi infantil curiosidad. Me detenía ante ellos, reflexionando, escudriñando en sus formas, en sus facciones, en sus colores. También observaba sus defectos, su deterioro, su esplendor olvidado. Trataba de captar cualquier dato que pudiera completar el rico panorama que se iba tejiendo en mi mente. Como es lógico, no tardó en despertar en mí un irrefrenable deseo de viajar, de trasladarme físicamente a sus lugares de origen, conocer los enclaves de los que procedían, pisar por donde otros pisaron siglos atrás. En definitiva, de acercarme a la historia viva.

De entre todas las piezas que llamaron mi atención, unas en concreto iban seduciéndome cada vez más: las cerámicas griegas. La fuerza expresiva de su decoración pictórica, su intensidad narrativa, sus vivos colores, me cautivaron. Había surgido así mi interés por el mundo griego, que acabó de materializarse gracias a las magníficas imágenes homéricas. La *Ilíada* y la *Odisea* me proporcionaron tal cantidad de estímulos que ya no había vuelta atrás posible. Estaba decidido a estudiar más sobre la antigua Grecia, a escudriñar el mundo que vio desfilar a las compactas falanges de los dánaos, imaginar cómo navegaban las curvadas naves, abrazar la Aurora con su peplo de color azafrán, sentir el soplo del Céfiro o sentarme en la orilla para perder mi mirada en las aguas de color gris mirando la marina infinidad, divisar la ancha espalda de nuestro Mediterráneo, como hiciera Aquiles anhelando a su madre en las playas de la Tróade.

Veinte años después, pisé por primera vez suelo heleno. Fue en Olimpia, al oeste del Peloponeso. Lo hice desde el mar, con la emoción de ver cómo poco a poco nos aproximábamos a la costa de la que tanto había leído. Surcando las mismas aguas que en otro tiempo habían recorrido aquellos intrépidos antepasados. El primer contacto con las ruinas fue una sensación familiar, a pesar de no haber estado nunca físicamente allí.

Tal cantidad de lecturas e imágenes devoradas durante tanto tiempo habían forjado en mi mente un panorama virtual del yacimiento, de manera que, bajo el atronador sonido de las chicharras y la agradable sombra de los pinos, que atenuaban el calor estival, recorrí con total naturalidad y emoción el famoso templo de Zeus, el *Heraion*, el Filipeo, el estadio, la palestra, el gimnasio y el taller de Fidias. Experimenté la misma sensación que tendría años después en Atenas, cuando llegué por primera vez al corazón del Ática. Aunque todo era nuevo para mí, nada me resultaba extraño. Así que mientras paseaba por las laderas de la Acrópolis me rondó la cabeza la idea de escribir un libro con el que hacer que la visita a la ciudad fuera más que una simple parada turística. Contar la historia que encierran sus piedras para que el viajero disfrute su estancia de otra manera y saque partido de una experiencia que debería de dejar una profunda huella en toda persona dotada de un mínimo de sensibilidad artística, histórica o cultural.

Por eso el volumen que el lector tiene entre sus manos no es una historia de Atenas al uso, ni tampoco una guía de viajes. Es una recreación de la peripecia vital de la ciudad a partir de los restos materiales que han resistido al paso del tiempo. La búsqueda del alma de las piedras que nos rodean y abruman en cada rincón de la antigua polis. Esos vestigios tienen para nosotros un mensaje profundo, enraizado en el origen de nuestro modo de vida occidental. No podemos pasear por la cima de la Acrópolis sin comprender su significado sagrado para los atenienses, tampoco es gratificante caminar por el Ágora sin saber que ese abrumador conjunto de ruinas albergó las primeras instituciones democráticas conocidas. Recorrer las tumbas del Cerámico sin ni siquiera saber el significado de la muerte para los griegos es una experiencia vacía, mientras que puede resultar absurdo pasear por la colina de la Pnyx sin imaginar el bullicio de la Asamblea que allí se reunía para decidir sobre los asuntos de la ciudad. La visita a El Pireo no tendrá sentido si desconocemos su importancia como centro de operaciones de la flota ateniense y no sacaremos el mismo provecho al ascenso a la colina de Filopapos si no sentimos la profundidad de la historia de la ciudad que descansa bajo nuestros pies.

La bella y joven Eco, ninfa de las montañas, era capaz de pronunciar las más agradables y cautivadoras palabras jamás escuchadas. Por eso despertó la intranquilidad de Hera, conocedora de los flirteos amorosos de su marido Zeus. Para evitar que cayera enamorado por el atractivo don de la ninfa, la diosa le arrebató su voz y la condenó a repetir las últimas palabras que pronunciara cualquiera de sus interlocutores. De esta manera, su capacidad para entablar una conversación quedaba anulada por completo; pues al no poder llevar la iniciativa, tuvo que apartarse del trato humano. Igual que Eco, los restos arqueológicos, las obras de arte y los paisajes históricos tienen muchas bellas historias que contarnos. No las condenemos al aislamiento, viendo en ellas sólo su deteriorado aspecto actual. Tratemos de interrogarlas para extraer de su interior todo el contenido que puedan aportarnos y devolverlas así su olvidado esplendor. Este es el propósito del libro que el lector tiene entre sus manos, escuchar el lejano eco de las piedras para comprender mejor cómo fuimos y así encontrar un sentido a cómo somos.

Una visión no muy lejana a la expresada por el filósofo y biógrafo Plutarco de Queronea quien, al explicar el proceso de embellecimiento de Atenas en época clásica, dejó escritas estas reveladoras líneas sobre el sentido de las obras:

> La facilidad y rapidez en la ejecución no confiere a la obra solidez permanente ni belleza perfecta, sino que es el tiempo empleado a cuenta por el trabajo para la creación, el que da en pago la resistencia en la conservación de lo creado. Por eso también son más admiradas las obras de Pericles, porque para mucho tiempo se hicieron en poco. Pues en belleza, cada una era entonces ya antigua, pero en frescura todavía hoy está nueva y como recién hecha. Así siempre florece en ellas cierto aire nuevo que mantiene su aspecto intocable por el tiempo, como si estas obras tuvieran mezclado un aliento siempre joven y un espíritu que no envejece (Pericles, 13, 4-5).

La ciudad de Atenea, la diosa de la sabiduría, nacida de la cabeza de Zeus, se desparrama desde la cima de la Acrópolis coronada por el Partenón, el faro artístico de una época que se ha convertido en un icono del arte universal. Pero más allá de las formas, de la estética, las

piedras tienen un significado profundo, por cuanto que nos acercan a nuestro principio. Por eso, como dice Plutarco, nos parecen siempre jóvenes. Atenea, con su amenazante lanza, es portadora de un mensaje eterno: el poder de la sabiduría. Un saber que, como no podía ser de otra manera, alcanzó un extraordinario auge en la polis sobre la que la diosa ejercía su protección y a la que daba nombre. Un saber encerrado en esas piedras que hoy se muestran desperdigadas por la ciudad, entre el bullicio de los coches y el ir y venir de los turistas. Viajemos pues, en el tiempo y en el espacio, para acercarnos al devenir de esta urbe y participar de una aventura en la que no sólo veremos piedras, sino que también trataremos de encontrar respuestas a muchas preguntas que todavía hoy siguen vigentes.

No quiero terminar esta introducción sin los agradecimientos oportunos, pues la tarea de escribir un libro siempre requiere de algunos apoyos. En primer lugar a Alfredo Orte Sánchez, quien me proporcionó la idea del evocador subtítulo de esta obra y ha sido siempre un compañero inseparable. A Rodrigo de la Torre, maestro cantero y amigo, con quien he compartido algunas de las ideas que forman parte de este volumen e innumerables y provechosas conversaciones, ya que su buen juicio y sus enormes conocimientos siempre son una sabia guía. A Antonio Ignacio Molina Marín, porque dado su vasto dominio de las fuentes de la época macedonia y helenística, sus sugerencias siempre son bien recibidas. A Borja Antela, por proporcionarme sus siempre oportunos consejos, en especial por ponerme sobre la pista del saqueo de Sila. A Claudia Alonso, por sus recomendaciones sobre la Atenas micénica. A Jorge Cabrera Paiser, gran conocedor de la figura de Adriano y Cleopatra, que me ayudó en el capítulo dedicado al emperador benefactor y me guió en las turbulentas aguas que rodean siempre a la figura de la reina del Nilo. A Nacho Ares, por cederme las fotos de la Academia. A José Miguel Parra, director de la colección Entre Piedras, que nuevamente ha confiado y respaldado mi trabajo, dándome ánimos durante todo el proceso de gestación de la criatura. A mi mujer, Montse, por su infinita paciencia, y a mis hijos, Alejandro y Sofía, ambos de nombre griego, a quien les arrebato un

tiempo irrecuperable para poder escribir. A mis padres, por haberme comprado aquellos magníficos cuadernillos a pesar de que el dinero no sobraba en casa. A toda mi familia, en general, y, en particular, a los que ya no están, pero que tienen una parte de su contribución en este libro: mi tío Miguel Ángel, que reforzó mi pasión por la historia y mi abuela María Luisa, que escuchaba y leía cualquiera de mis pioneros escritos con gran devoción. Un último agradecimiento, al lector que está leyendo estas líneas, con la esperanza de que le resulten de interés y pueda observar el pasado con otra mirada.

MARIO AGUDO VILLANUEVA

ATENAS

EL LEJANO ECO DE LAS PIEDRAS

PARTE I

LA ACRÓPOLIS: ROCA SAGRADA

1. Entre cuevas y santuarios

Acrópolis es un término cuyo origen etimológico es sobradamente conocido. Procede del griego *akro*, que significa «cima», y *polis*, «ciudad». Con esta palabra nos referimos a la parte más alta de las ciudades griegas, no únicamente de Atenas, aunque dada su celebridad muchos puedan pensar que es una denominación exclusiva. La Acrópolis es el eje sobre el que se vertebra no sólo el trazado urbano de la polis, sino también su historia mítica y real, así que cualquier recorrido por la ciudad debería de comenzar por este lugar. Más adelante hablaremos de los primeros asentamientos documentados arqueológicamente en la montaña ateniense; pero en este capítulo vamos a abordar su importancia desde el punto de vista religioso. Sin duda, es el arraigo de este enclave en las creencias del pueblo griego el que explica la magnificencia de las construcciones que sobre su cima se erigieron desde tiempos arcaicos.

El promontorio sobre el que se sitúa la Acrópolis de Atenas apenas se eleva 156 metros sobre el nivel del mar, pero desde su cima —con una extensión de 270 metros de largo— se controlaba toda una amplia y fértil llanura, regada por los ríos Cefiso e Iliso. Su destacada posición

sobre el territorio circundante no sólo le brindaba un importante papel estratégico, sino también espiritual. El primer testimonio literario que nos encontramos de la ciudad, como no podía ser de otra forma, está en la *Ilíada*, donde se hace referencia a este enclave y su valor cultual:

> También aquellos que poseían la bien construida ciudadela de Atenas, el pueblo de Erecteo, de gran corazón, al que en otro tiempo crió Atenea, hija de Zeus, pues lo había dado a luz la tierra, productora de grano; allí en Atenas lo había depositado, en su lustroso templo, donde los jóvenes atenienses ofrecen sacrificios de toros y corderos cuando los años completan su ciclo (II, 547-552).

No es difícil encontrar en las fuentes clásicas referencias al carácter sagrado de las montañas para los griegos. Hesíodo recibe la inspiración de las Musas mientras apacentaba sus corderos al pie del monte Helicón, en Tebas (*Teogonía*, 22-24) y el Olimpo, situado entre Macedonia y Tesalia, era considerado la residencia de los dioses: «La diosa Aurora subió al inmenso Olimpo para anunciar a Zeus y a los demás inmortales la luz de la mañana» (*Ilíada*, II, 48-50). La montaña, por tanto, en la medida en que permite conectar al ser humano con la realidad invisible, con lo trascendente, se reviste de sacralidad.[1]

Cuenta Pausanias que no lejos del templo de Atenea Polias, en el que se custodiaba la vieja escultura de madera de la diosa, el *xoanon*, vivían dos vírgenes, que los atenienses llamaban *arrephoroi*.[2] Las jóvenes, dos elegidas cada año, residían junto a la diosa, y cuando llegaba la fiesta, al caer la noche, colocaban sobre sus cabezas lo que la sacerdotisa de Atenea les daba para que portaran. Ni la una ni las otras conocían el contenido, pero realizaban su tarea con total naturalidad. Desde el recinto de Afrodita en los Jardines, hay una bajada subterránea natural por la que las chicas descendían. Al final de su recorrido, depositaban el misterioso contenido de sus cestas y eran sustituidas por otras vírgenes

[1] Plutarco nos recuerda cómo los antiguos tenían por costumbre denominar «sagradas» a las cosas del mundo inferior en cuanto que eran nexos con las cosas «santas», que están en los cielos (*Isis y Osiris*, 61).

[2] «Arreforas» castellanizado. Es un término griego de difícil traducción que significa portadoras de *arrheta*, «cosas de las que está prohibido hablar».

(I, 27, 3). Siglos más tarde, en 1896, el arqueólogo P. Kavvadias excavó lo que unas décadas después O. Broneer identificaría como una fuente datada en el siglo XIII a. C. Con la salida situada en la ladera norte, tenía una profundidad de 40 metros desde la cima de la Acrópolis. El descenso comenzaba justo al lado de la identificada como casa de las Arréforas, lo que hizo que muchos autores vincularan este espacio con el relato de Pausanias (mapa 2, n.º 6). Los escalones permitían afrontar el serpenteante descenso sin riesgos para la integridad del peatón subterráneo.

Aunque la enigmática misión de estas muchachas resulta de un enorme atractivo, no la hemos traído aquí para hablar de ella, sino del entorno en el que se desarrollaba. En esta historia se conecta la cima de la Acrópolis con su parte inferior. La roca madre (caliza) sobre la que se asienta es muy porosa, lo que favorece la filtración del agua de lluvia, que al horadar la piedra origina grutas, fuentes y manantiales. Estas caprichosas formaciones, esculpidas por la naturaleza durante siglos, se convirtieron en el escenario ideal para que los atenienses vehicularan también su relación con los dioses, por lo que, en consecuencia, fueron sacralizadas. La cueva es un espacio liminar, conecta mundos diferentes: la luz con la oscuridad, la vida con la muerte, el pasado con el presente. Las oquedades naturales permiten acceder al mundo subterráneo, por lo que tienen un carácter ctónico para prácticamente todas las culturas, iniciático en algunos casos. Los manantiales y las fuentes brotan también de las profundidades de la tierra, así que tienen la facultad de vincularnos de algún modo con las fuerzas telúricas. El agua es fuente de vida, purifica y hace renacer. Es comprensible, por tanto, que todos estos accidentes geográficos llegasen a tener algún sentido espiritual para los habitantes de la ciudad, como vamos a ver.

Al oeste de la fuente micénica vinculada con la festividad de las Arréforas, nos encontramos con otros grandes espacios cultuales. Cerca de la vía de las Panateneas, en el extremo occidental de la ladera norte, está todavía hoy la fuente Klepsidra. Su nombre viene del griego (*kleptein*, «quitar»), probablemente porque parte de su cauce transcurría bajo tierra hasta Falero y menguaba considerablemente en los meses de estío.

Su uso se remonta a los primeros pobladores de Atenas, en tiempos prehistóricos. Una inscripción del ágora antigua, en la que se hace referencia al culto en la zona a la ninfa Empedo y la monumentalización del lugar, obrada en tiempos de Cimón (470-460 a. C.), testimonian la importancia religiosa de este enclave.

En la misma área en la que se encuentra la fuente hay tres santuarios dedicados a tres dioses diferentes: Pan, Apolo y Zeus (figura 1). (mapa 2, n.º 9). El más antiguo parece el de la cueva de Apolo, cuyo uso se remonta al siglo xiii a. C. Unas placas votivas halladas en 1897 han permitido su identificación con el culto a Apolo *Hypoakraios* (bajo las alturas), que pudo ser un pitión arcaico, según han apuntado autores como Parsons, y fue revitalizado en época imperial romana según Nulton. Pausanias sitúa en este enclave el lugar en el que el dios pitio se unió a Creúsa, hija de Erecteo, para concebir a Ión, protagonista de la famosa tragedia de Eurípides, del mismo nombre. La relación entre Atenas y Delfos era muy estrecha, pues el tebano era el santuario oracular de mayor influencia en la zona, así que este lugar, al pie de la Acrópolis, permitía ratificar ese vínculo.

Más tarde se estableció en la ciudad de Atenas el culto a Pan. Ocurrió con motivo de una popular epifanía del dios, que se apareció al corredor ateniense Filípides cuando actuaba como legado de la ciudad ante Esparta para solicitar ayuda contra los persas en la víspera de Maratón, en el 490 a. C. Mientras el atleta cruzaba las áridas y despobladas tierras fronterizas entre Argos y Arcadia, el dios lo llamó por su nombre para advertirle de que sería propicio a los atenienses en tal lance. Por Heródoto sabemos que los atenienses creyeron el relato de Filípides y consagraron un santuario al dios al pie de la Acrópolis (VI, 105). El lugar, que todavía hoy puede visitarse en la ladera norte, está dividido en tres partes y pueden observarse nichos practicados en la roca para depositar ofrendas votivas. En el siglo V d. C., el sector este fue convertido en la capilla de San Atanasio y fue identificado en tiempos modernos como el santuario de Pan gracias a los textos de Eurípides y Pausanias, así como al descubrimiento de una ofrenda dedicada al dios. Junto a las cuevas de Apolo y Pan nos encontramos con un espacio dedicado a Zeus, identificado como tal gracias a los textos de Tucídides y Estrabón. Su uso se remonta de igual manera al siglo V a. C., como el del vecino santuario. Se trata de una oquedad en la roca natural en cuyo exterior se practicaron también nichos para depositar ofrendas. Los tres santuarios forman un conjunto que, a la sombra de la Acrópolis, no sólo destaca por su belleza natural sino también por su sacralidad.

Si nos desplazamos en dirección este a lo largo del Peripato, el camino que rodea toda la Acrópolis por su falda, llegamos a otra área sagrada: el santuario de Afrodita *Pandemos* y Eros, claramente identificado por algunas inscripciones encontradas en su entorno. Enclavado en una terraza trapezoidal, al aire libre, limita al sur y al oeste con la propia

Fig. 1. Las cuevas de la roca sobre la que se asienta la Acrópolis, como estas dos de la ladera norte, sirvieron como perfectos habitáculos para instalar santuarios a diferentes divinidades. *Foto: Mario Agudo Villanueva.*

roca sagrada. Alberga más de una veintena de nichos horadados en la pared para depositar ofrendas votivas, al estilo del santuario al aire libre de Dafni, en el camino a Eleusis. En el Museo Arqueológico Nacional de Atenas se conservan dos frisos de Eros alado cuya procedencia ha sido vinculada con este santuario, también relacionado con algunos autores con la fiesta de las Arréforas. Según Pausanias, el culto a Afrodita Pandemos se instauró en Atenas junto al de Peitho (persuasión) cuando Teseo unió a los atenienses de todos los demos en una sola ciudad (I, 22, 3). Si bien Ateneo, sin embargo, siguiendo relatos de terceros, dice que se instituyó en tiempos de Solón, cuando el legislador mandó construir un templo de la diosa con el dinero de las heteras (13, 562d).

No acaban aquí los espacios sagrados de las laderas de la Acrópolis. Cerca de los ya descritos nos encontramos con el llamado santuario de los skyphos, cuyo nombre se debe a la gran cantidad de ejemplares de este tipo de cerámica que fueron localizados en dos pozos próximos. También conocemos los santuarios medio y del este, ninguno de los cuales ha sido atribuido a ninguna divinidad; pero los nichos y pequeños altares allí encontrados nos permiten asociar su uso a la esfera religiosa. Si estaban o no vinculados al de Afrodita es otra cuestión que, hoy por hoy, no estamos en disposición de poder probar.

Este recorrido sacro que realizamos por las faldas de la Acrópolis nos conduce ahora a la ladera este, en la que se encuentra una enorme cueva de 22 metros de alto y 14 de ancho, que hallamos una vez superada la famosa inscripción del Peripato.[3] (mapa 2, n.º 8). Muchas eran las conjeturas que se hacían sobre este espacio hasta que en 1980 se encontró una gran estela de mármol con un decreto del demos ateniense en honor de Timócrite, sacerdotisa de Aglauro, datado entre el 247 y el 245 a. C. Aglauro era una ninfa hija del famoso Cécrope, del que nos ocuparemos más tarde. Fue sacrificada bajo los muros de la Acrópolis para cumplir una profecía del oráculo de Delfos, que lo había prescrito como salvación de la ciudad ante un asedio enemigo. En señal de respeto y agradecimiento, todos los efebos atenienses, al

[3] El *Peripato* era una losa en la que se indicaba la extensión del camino que bordeaba la Acrópolis.

llegar a los dieciocho años, le ofrecían su panoplia y sus armas como juramento de lealtad y protección de los santuarios de la ciudad, momento a partir del cual recibían la consideración de *epheboi* y era cuando iniciaban dos años de instrucción física y militar. Conservamos el texto de uno de estos juramentos, que dice así:

> No deshonraré estas sagradas armas, ni abandonaré a su suerte a mi compañero en la línea de batalla. Defenderé tanto los lugares sagrados como los profanos, y a mi descendencia no entregaré una patria mermada sino engrandecida y más poderosa, en la medida que mis compañeros y yo seamos capaces, y obedeceré a los que detenten el poder en cada momento, así como las leyes que se han promulgado y las que se promulguen, y si alguien quisiera abolirlas, no se lo permitiré, en la medida que mis compañeros y yo seamos capaces, y honraré los cultos ancestrales. Mis testigos son los dioses Aglauro, Hestia, Enio, Enialio, Ares y Atenea Areia, Zeus, Talos, Auxo, Hegémone, Heracles, las fronteras de la patria y su trigo, cebada, viñedos, olivos e higueras.

El trágico destino de Aglauro, sacrificada para salvar la ciudad, nos recuerda otro episodio semejante ocurrido también en tiempos míticos. El adivino Calcante declaró que Agamenón había despertado la cólera de Ártemis, por lo que la diosa tenía retenida a la flota griega en el puerto de Áulide, frente a Calcis. La única solución era el sacrificio de su propia hija, Ifigenia. En el último momento, la diosa sustituyó a la inocente muchacha por una cierva. Ambas historias parecen sugerir un oscuro pasado en el que los griegos pudieron haber realizado sacrificios humanos, que luego fueron sustituidos por animales. Esta tesis adquiere fuerza tras algunos hallazgos arqueológicos, como el del verano de 2016, cuando se encontró el cadáver de un joven ejecutado junto a un altar de cenizas en el santuario de Zeus en el monte Liceo, en Arcadia, tal y como ha señalado Cardete del Olmo.

Completamos este recorrido por la ladera sur, la más monumental en la actualidad, no exenta también de una enorme carga sagrada para los atenienses. Si accedemos a ella desde el Aglaureo lo primero que nos encontramos es el fabuloso complejo consagrado a Dioniso, al

que dedicaremos un capítulo completo, por lo que no nos detendremos ahora en sus dos templos y el famoso teatro. Dice Pausanias que sobre este último había una cueva en la que existía un trípode en el que se representaba a Apolo y Artemis matando a los hijos de Níobe (I, 21, 3). Uno de los templos más importantes de Ártemis estaba en Braurón, al norte del Ática. Allí se le ofrecían a Ifigenia los vestidos de las mujeres muertas en el parto, mientras que a la diosa titular se le llevaban los trajes de las que habían pasado venturosamente por el trance de dar a luz. El tránsito de las niñas a su condición de esposas y madres se producía ejecutando danzas en una especie de rito de iniciación femenino, relacionado con la fecundidad. Las pequeñas de diez años elaboraban pastelillos sacrificiales que se ofrecían a la diosa. Se las llamaba «oseznas», en referencia al carácter salvaje de Artemis, y competían también en carreras en su honor. Tenemos constancia de que en época de los tiranos se consagró un recinto dedicado a la Ártemis de Braurón en la misma Acrópolis, cerca de los Propileos,[4] que consistía en un sencillo altar y un pórtico. También conocemos otro rito que las mujeres realizaban en la roca sagrada antes del matrimonio, cuando eran conducidas por sus padres para realizar la *proteleia*, con la que pretendían conseguir la bendición de la diosa para el futuro enlace. Allí, en un cofre destinado a ofrendas, las jóvenes depositaban un dracma para Afrodita. El matrimonio era el rito de paso más importante para la mujer ateniense. No era un acto jurídico entre cónyuges, sino la entrega de la esposa *(nymphé)* al esposo por parte del custodio legal de la mujer, generalmente su padre. El acto se rubricaba con un acuerdo *(engye)* por el que la joven se prometía

[4] El término griego *propylaion* designaba una construcción con vestíbulo que antecedía a una puerta. En la Acrópolis aparece en plural porque era un conjunto monumental con entrada y salida. El proyecto se basaba en un edificio con planta de U invertida, con seis columnas en el centro y tres en los flancos, todas de orden dórico, que enmarcaban la rampa enlosada de acceso a la cima. Para que el eje de los Propileos fuera paralelo al del Partenón se tuvo que acometer una rectificación del eje de entrada de 27º, lo que obligó a realizar modificaciones topográficas que todavía son visibles gracias a los muros de contención construidos con caliza de El Pireo. Se proyectaron cuatro alas, pero sólo se construyeron las dos más pequeñas. Una de ellas albergaba la famosa pinacoteca. El intercolumnio central era más ancho para permitir el paso de vehículos.

en matrimonio y se la asignaba una dote. La mayoría de mujeres se casaban a una edad de 13-14 años. Si lo cerraba una persona que no tenía autoridad para ello, era considerado inválido. Con las nupcias, la mujer pasaba a la tutela del esposo y su familia, aunque el padre conservaba el derecho de disolverlo para asignarla a otro hombre *(aphairesis)*.[5] El ideal femenino era el de ser una esposa fértil, madre devota, obediente, sumisa y callada, que no diera de qué hablar y mantuviera su hogar de acuerdo con la tradición.[6]

Continuando nuestro recorrido hacia el oeste, junto al complejo dionisíaco y protegido por la *stoa* de Eumenes al sur, nos topamos con los modestos restos del santuario de Asclepio, dios de la medicina y la sanación (mapa 2, n.º 12). El Asclepeion de Atenas se erigió hacia el año 420 a. C. a propuesta de un ciudadano de nombre Telémaco, quien consiguió traer este culto desde Epidauro a la ciudad del Ática. El lugar en el que se asienta es idóneo, puesto que la existencia de un manantial permitía adaptar el rito a las tradiciones antiguas. El santuario tenía un pequeño templo dórico tetrástilo dedicado a Asclepio y su hija Higea, con un altar monumental y un pórtico de dos alturas, el *Enkoimeterion*, recinto en el que los fieles llevaban a cabo el rito de la incubación.

La curación en la antigüedad griega tenía que ver con un estado de muerte aparente al que se accedía a través de la incubación. Incubar es, simplemente, yacer en un lugar en el que el paciente podía entrar en contacto con la divinidad. Por ello se habilitaba un recinto cerrado, a veces una caverna. En el caso de Atenas es esta *stoa* de doble altura. Allí, tratando de conseguir la calma necesaria para conectar con lo divino, sin realizar ningún esfuerzo, sin comer, a veces durante varios días seguidos, se aguardaba a que la curación llegara de otro nivel de conciencia y existencia. En este proceso, el enfermo era acompañado por sacerdotes que conocían el funcionamiento del rito, sabían

[5] Existían cuatro tipos de divorcio: *apopemsis*, «repudio del hombre», el caso más frecuente; *apoleipsis*, «la disolución», que era iniciado por la mujer; *epidikasia*, si la acción era promovida por la heredera o *aphairesis*, iniciado por el padre de la novia, que podía recuperarla en caso de maltrato.

[6] Este ideal se retrata perfectamente en un fragmento de la oración fúnebre de Pericles, que nos ha llegado por Tucídides (XI, 45) y en Sófocles (*Áyax*, 293).

supervisar que todo fuera bien, ayudar al paciente a comprender lo que necesitaba saber sin interferir en su relación con dios.[7]

En la esquina nordeste del Asclepeion de Atenas había un pozo con cuatro bases para columnas o pilares que soportaban un techado que se asemeja al famoso *tholos* de Epidauro. En el período romano se añadió un pórtico al sur del templo, y, al este del manantial, se erigió el *Katagogion*, un pórtico con cuatro salas para banquetes y un anexo estándar al edificio, donde los fieles permanecían durante su estancia. Un propileo monumentalizaba este acceso meridional al santuario. El lugar de culto fue reemplazado por una pequeña iglesia en el siglo VI d. C. En este escenario de la ladera sur sitúa Pausanias otro hecho mítico relevante para Atenas. La muerte de Halirrotio, hijo de Poseidón, a manos de Ares, que vengó así el intento de violación de su hija Alcipe, a la que concibió Aglauro (I, 21, 4). El juicio posterior a este hecho tuvo lugar en la colina del Areópago, a la que dedicaremos su justa atención más adelante.

Al recorrer estos espacios en la actualidad, el viajero no debe desanimarse por la escasa monumentalidad de sus restos —a excepción de la ladera sur—. Debemos afrontar este agradable paseo, a la sombra de la icónica roca y su abundante vegetación, con el propósito de abrir nuestro espíritu y tratar de captar la sacralidad que cada uno de estos enclaves tenía para los antiguos habitantes de la ciudad. Nuestra concepción del hombre griego se basa fundamentalmente en la interpretación racionalista que se impuso desde los primeros estudios clásicos modernos, sin embargo, una lectura atenta y exhaustiva de las fuentes, así como un análisis detallado de los registros materiales que nos ha proporcionado la arqueología nos obligan a abrir nuestra mirada para comprender las creencias de un pueblo tan cerca y, a la vez, tan lejos de nosotros. Dodds ya abrió el camino con su decisiva obra *Los griegos y lo irracional*. Vamos ahora a conocer cómo se gestó la imagen de los templos griegos tal y como los conocemos hoy en día.

[7] Conservamos un testimonio histórico de esta práctica gracias a Estrabón, quien nos describe los ritos de curación que se llevaban a cabo en el *Caronium* o entrada al inframundo, en la ciudad de Acaraca, en el camino de Trales a Nisa (XIV, 44).

Atenas
se imprimió en España en junio del 2018,
en papel Vilaseca de 90 gramos y
cartulina Modigliani blanca de 260 gramos.